

LA GUERRA COMO UN COLAPSO DE LA POLITICA

Por

Edward A. THIBAULT

INTRODUCCION

Aunque ha transcurido largo tiempo desde que Clausewitz concibiera su sinfonía inconclusa "Sobre la Guerra" y no obstante que la naturaleza de ésta y de las armas ha evolucionado radicalmente, poco han cambiado desde 1865 las teorías y enseñanzas básicas de muchos de nuestros estrategas militares. En general, la explicación que dan es que Clausewitz desarrolló una filosofía fundamental de la guerra, cuyos preceptos básicos perduran y son aplicables a todos los conflictos y en cualquiera época. Sin embargo, para un estudiante de filosofía, Clausewitz resulta deficiente tanto en metodología como en conceptos. El estudiante de historia descubre que ha trabajado con una selección muy limitada de acontecimientos y, según un pragmático puro, sus teorías apenas parecen tener aplicación en los temas más generales.

Este estudio trata de encuadrar las enseñanzas de Clausewitz en una perspectiva histórica; da una mirada crítica a la base filosófica de sus doctrinas y examina

la validez de su aplicación a la guerra de 1870. Desde este punto de vista, la ciega aceptación de sus lecciones parece llevar a opiniones discutibles en el pensamiento estratégico moderno. La historia, especialmente de la guerra de 1870, ha demostrado la falacia de su juicio sobre la utilidad de la guerra.

Gran parte de la confusión del pensamiento estratégico actual puede atribuirse a la incapacidad de distinguir entre estrategia y política y esto a su vez se debe a haber aceptado demasiado fácilmente el principio de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política. Sería presuntuoso pretender que los pocos pensamientos vertidos en este trabajo vayan a convencer a alguien de rechazar a Clausewitz. De hecho, ello no sería conveniente, pues hay mucho en su obra muy útil para una mejor comprensión de la naturaleza de la guerra, especialmente sus puntos de vista sobre los factores psicológicos en ella envueltos. En consecuencia, este trabajo habrá cumplido su ob-

jetivo si induce a un solo lector a reconsiderar sus ideas sobre la validez de la enseñanza de Clausewitz y si lo estimula a indagar, en lugar de limitarse so'amente a aceptar. Que no se diga de nosotros, como Liddell Hart dijera de una anterior generación de estudiantes, que "Las informes ideas de Clausewitz... proclamadas como verdades indiscutibles, eran aceptadas sumisamente por una generación de estadistas peligrosamente ignorantes de la guerra. Las consecuencias, las triples consecuencias, eran: que ésta fuera más difícil de evitar, más difícil de conducir acertadamente y más difícil de terminar...".

Clausewitz: ¿Un anacronismo?

Al civil que ingresa a cualquiera de las actuales academias de guerra le resulta sorprendente descubrir que la Biblia de los estrategas contemporáneos sea un trabajo divagante al cual su propio autor describe como "una masa sin forma" y escrito hace unos 150 años. Ante la amplia evolución del pensamiento y la tecnología militar desde mediados del siglo XIX, es difícil dejar de considerar que Clausewitz sólo es un curioso anacronismo. Indudablemente hay cierta validez en la queja de Alfred Vagts cuando dice que ha sido "leído y comentado por aquellos a quienes ninguna sensatez histórica les advirtió que el hecho de escribir sobre la filosofía de la guerra es... condicional a la época".

Suponiendo que Vagts sea contrario a él, no obstante no serlo, no hay más que recurrir al propio Clausewitz para encontrar una advertencia similar de que sus máximas no son eternas ni inmutables. En otro tiempo, cuando la revolución industrial estaba todavía en embrión, observó que cada época tiene sus propias formas peculiares de guerra, sus propias condiciones restrictivas y sus propios prejuicios. Se deduce, por lo tanto, que cada cual debería poner en práctica su respectiva teoría de guerra con tendencia a desarrollarla en base a principios filosóficos. Luego, en cada época, los acontecimientos deberían ser juzgados con la debida consideración a las peculiaridades del momento. El mismo Clausewitz hace sonar la alarma en este aspecto. El desconocimiento de estas ad-

vertencias conducirá a teorías erróneas sobre la naturaleza y orígenes de la guerra; causas particulares, surgidas de estructuras sociales particulares, han sido universalizadas una y otra vez.

Virtualmente, todo intérprete de Clausewitz empieza sus comentarios reconociendo que gran parte de lo que escribió ya no pertenece a nuestros propios tiempos. Esto es totalmente obvio por cuanto, después de todo, lo hizo en una época en que la guerra, si bien había dejado de ser la mera maniobra geométrica de ejércitos practicada durante el siglo XVIII, básicamente era todavía una operación militar. Seguía siendo el encuentro de ejércitos que se trababan en lucha en el campo de batalla. La matanza de grandes cantidades de civiles no combatientes, como una función de la guerra, era tan ajena a Clausewitz como lo había sido para Henry Evans Lloyd o Dietrich von Bulow. Incluso en 1870 la idea de bombardear París, con su correspondiente mortandad de civiles, fue objeto de gran preocupación entre los propios prusianos.

¡Cómo han cambiado los tiempos! Un reciente estudio de índole humorística, que en todo caso tiene alguna validez en cuanto a la descripción de tendencias, ha revelado ciertas sorprendentes estadísticas. En la Primera Guerra Mundial el 13 por ciento de los muertos fueron civiles; en la Segunda alcanzaron a alrededor del 70 por ciento; en la Guerra de Corea la cifra subió al 84 por ciento; mientras que en Vietnam, cuando se reúnan las estadísticas finales, las bajas civiles pueden elevarse al 90 por ciento. ¡Estamos llegando al disparate estadístico en que la próxima guerra podría dar por resultado un 100 por ciento de bajas civiles en comparación de un 0 por ciento de bajas militares! Sin que sea necesario dar completa fe a esta extrapolación, es evidente que los conceptos de guerra de Clausewitz —basados en el encuentro de las tropas en el campo de batalla— inevitablemente deben estar pasados de moda en una época en que la destrucción total de ciudades mediante armas convencionales y de países por medio del holocausto nuclear se encuentra dentro de las capacidades del hombre.

No obstante que el advenimiento de la era nuclear ha impuesto drásticas re-

visiones en el pensamiento estratégico, las enseñanzas de Clausewitz parecen haber quedado notablemente incólumes. Sin embargo, la posibilidad de guerra nuclear descalifica algunos de los conceptos fundamentales propuestos por él. Su guerra ideal o absoluta, que según se suponía nunca ocurriría en la realidad, parece compendiada ahora en un encuentro nuclear total. En cuanto a otra de sus máximas más citadas: "La guerra es la continuación de la política", sería razonable preguntarse ¿qué tipo de política podría continuarse con una guerra nuclear total?

Lógicamente entonces, el concepto de guerra como una continuación de la política, por lo que parece, no se aplica a un holocausto nuclear, donde el intercambio político durante la guerra y después de ella sería evidentemente imposible. Pero muchos alegan que todavía es totalmente válido en todo lo que no sea una guerra nuclear total. Cualquiera que haya observado el paisaje de Vietnam después de la incursión de un B-52 bien puede dudar que un ataque nuclear haya sido más devastador aún, aparte de las consideraciones de lluvia nuclear y deterioro genético. Basta con aplicar esta devastación a los grandes centros de población de un imaginario enemigo y nuevamente surge la pregunta: ¿qué tipo de intercambio político puede haber durante y después de una guerra semejante?

Entonces, esta máxima tal vez sólo sea aplicable en un conflicto muy limitado, donde los adversarios usen solamente una fuerza moderada. Sin embargo, eso es exactamente lo que se discute. Si los principios de Clausewitz se aplican solamente a casos específicos muy limitados; entonces dejan de ser principios filosóficos que trascienden el tiempo y "aplicables a toda etapa de la historia y práctica militar" como sostienen Rothfels y otros. Luego, la cuestión gira en torno a las siguientes interrogantes respecto de sus enseñanzas, especialmente su aforismo de que la guerra es una continuación de la política: ¿son ideas desgastadas por el tiempo, de poco valor práctico en la actualidad o son conceptos filosóficos válidos basados en una metafísica cabal y aplicables en cualquier época? ¿Fue un filósofo que especulaba en estrategia o un estratega que especulaba en filosofía?

Clausewitz como filósofo

A los apologetas de Clausewitz les gusta destacar que su trabajo no es una historia, sino una filosofía de la guerra. No es mi propósito explayarme sobre la confusión demasiado común que se hace de filosofía con ideología, pero para un estudiante de esta disciplina considerada como un estudio racional y sistemático de la naturaleza del universo es difícil aceptar como filosofía las confusas y contradictorias notas de Clausewitz. Este material es compartido nada menos que por un admirador suyo, como es Roger Ashley Leonard, quien admite que "limitó su investigación a un espectro histórico demasiado estrecho y sólo hizo un empleo restringido de los métodos comparativos", además, "desgraciadamente, en su discusión sobre la guerra absoluta contradice otra de sus afirmaciones".

Tal vez, el problema es que él intentó enfocar filosóficamente un tema (la guerra) que es esencialmente antifilosófico. La mayor parte de la gente concuerda en que la guerra es, como todos los actos de violencia, esencialmente irracional. ¿Cómo es posible entonces justificar racionalmente lo irracional? Lo que se necesita para aceptar a Clausewitz no es tanto un acto de razón como un acto de fe. Sería más apropiado considerarlo no como un filósofo, sino como un teólogo y "Sobre la Guerra" es su Biblia.

Sus enseñanzas son objeto de interpretaciones tan variadas como la misma Biblia y cada exégeta se considera a sí mismo como un portavoz mejor que su vecino. Indudablemente, puede ser citado en apoyo de casi cualquier posición que uno desee asumir, sólo para ser rebatido con las conocidas palabras: "lo que Clausewitz realmente quería decir era...". Cuando es invocado como la fuente de puntos de vista contradictorios, la respuesta es que su enseñanza no ha sido bien comprendida. Sin embargo, tal como observa Leonard: "Aunque Clausewitz ha sido mal interpretado, la culpa no se debe totalmente a sus discípulos".

Como todos los teólogos, exige una buena cantidad de fe a sus seguidores. A cambio, les presenta una ética, una justificación por pensar lo inconcebible. La guerra se convierte no en un acto in-

sensato de violencia sino solamente en una continuación de la política o en un instrumento racional de la política. Esto puede ser una excelente teología, pero no es una filosofía muy buena.

Clausewitz y Kant

Prácticamente ha llegado a ser un axioma considerar a Clausewitz como un filósofo kantiano. Sin embargo, fuera de copiar en forma tal vez superficial su teoría sobre los ideales en comparación con los cuales debe medirse la realidad, "Sobre la Guerra" tiene muy poco que se asemeje al razonamiento filosófico sistemático de Kant. Liddell Hart no dejaba de tener razón cuando dijo que Clausewitz "adquirió una forma filosófica de expresión sin desarrollar una mentalidad verdaderamente filosófica".

Si era kantiano, lo fue en una forma muy limitada. No hay indicios en su obra de que haya leído u oído del famoso pero lamentablemente poco influyente concepto "Sobre la Paz Perpetua" con su lógica y elocuente invocación de un gobierno internacional como la única esperanza de poner fin a la guerra entre las naciones. Tampoco nos da razón alguna para creer que alguna vez hubiera influido en él la idea de Kant sobre la guerra como "un estado de salvajismo ilegal" o del equilibrio de poder europeo como "una mera quimera . . . , como la casa de Swift, que habiendo sido edificada perfectamente por un constructor magistral de acuerdo con todas las leyes del equilibrio, se derrumbó tan pronto como un gorrion vino a pararse sobre ella". De hecho, Kant consideraba el mandato de que "no debe haber guerra" como un corolario categórico. Esto es la antítesis de la enseñanza de Clausewitz y debería ser argumento suficiente para demostrar que su conocimiento de Kant era muy limitado o bien hizo caso omiso de él.

La irracionalidad de la guerra

Ninguna discusión sobre Clausewitz como filósofo estaría completa sin un estudio crítico de la coherencia lógica de sus enseñanzas. Como ya se había dicho, se enfrentó con el predicamento de defender racionalmente lo irracional. En

ninguna parte este dilema se hace más evidente que en su tentativa de definir la guerra como una continuación de la política. Examinemos la validez de este enunciado desde un punto de vista únicamente metafísico.

Para empezar, podemos establecer la premisa de que la política exterior generalmente es un plan racional de actividad que gobierna la acción recíproca entre las naciones. Si la política es en sí misma irracional, entonces obviamente, cualquier guerra considerada como la continuación de la política será igualmente irracional, "quod erat demonstrandum".

Si la política es racional y la guerra no es sino una continuación de la política, luego debe deducirse que la guerra, también, es racional. Pero puede demostrarse que es verdad lo exactamente opuesto. La guerra es una actividad incompatible con la práctica racional. En su excelente tratado "¿Puede la guerra ser racionalmente justificada?", A.C. Genova, profesor de filosofía de la Universidad estatal de Wichita, discute en profundidad el punto de vista metafísico de la guerra como una actividad irracional y racionalmente injustificable razonando a partir de la naturaleza misma de la actividad coherente. En este artículo sería imposible tratar el problema con la profundidad con que él lo hace, pero mencionemos parte de su pensamiento. Como toda actividad, la guerra puede analizarse en términos de:

- El contexto a la cual se aplica.
- La finalidad o meta a la cual está dirigida.
- Las normas o reglas inteligibles que regulan las acciones que logran la finalidad pertinente.

En otras palabras, las actividades son condicionales, tienen un propósito definido y están gobernadas por reglas. Ahora, para que una actividad sea racional, las normas o reglas deben ser compatibles entre sí, aplicables al contexto apropiado y pertinentes al propósito de la actividad. Mirada desde este punto de vista, la guerra es irracional porque su actividad es inadecuada como un medio para la finalidad política que debe lograrse. Para que una actividad sea racional sus normas o reglas deben ser esen-

cialmente apropiadas para la naturaleza de la meta que debe lograrse y emanar de ella. En cuanto a las reglas que gobiernan la conducta de la guerra están mal adaptadas a la solución duradera de los problemas típicos que la engendran, problemas tales como aquellos relativos a límites geográficos, diferencias políticas y conflictos económicos, la guerra se convierte en un paso irracional de las naciones que lo dan.

Sin duda que habremos puesto a prueba la paciencia de algunos lectores por no considerar las guerras iniciadas únicamente en autodefensa por la supervivencia nacional. En cierta forma, tales guerras pueden considerarse como racionales y al servicio de los fines políticos de autopreservación, pero considerar la supervivencia como una política es como considerar la vida como una carrera. Esencialmente, una guerra de autodefensa implica una contradicción de condiciones. La acción defensiva está siempre limitada por las condiciones de una agresión manifiesta. Solamente se justifica en la medida que es necesaria para la existencia misma del defensor. En este contexto el agresor es análogo a un objeto físico que sigue una línea de fuerza que debe ser desviada para evitar la destrucción. Los encargados de la autodefensa no están motivados hacia la agresión o la guerra; simplemente actúan de acuerdo con normas que regulan las medidas preventivas que disuadirán la guerra. Estrictamente hablando, entonces, a pesar de que el término guerra se aplica tanto a la actividad agresiva como a la actividad de autodefensa, un análisis de las respectivas actividades revelará que las dos son opuestas en muchos aspectos.

Desgraciadamente, esta distinción bastante evidente pasa inadvertida en la práctica porque las partes comprometidas en guerra casi inevitablemente invocan la autodefensa como justificación. Lo anterior evoca el cuento de Hitler llorando sobre la devastada Varsovia y exclamando: "¡Qué malvada debe haber sido esta gente para obligarme a hacerles esto!".

Mucho más podría decirse sobre este tema, pero estamos apartándonos de nuestra discusión sobre las enseñanzas de Clausewitz. Cuando el teórico prusiano

proclama que la guerra es una continuación de la política no está limitándose a una actividad únicamente autodefensiva destinada a la mera política de la supervivencia. Está hablando en los términos de la guerra realizada posteriormente por Bismarck; una guerra destinada a lograr metas políticas. Y este tipo de guerra no cumple con la idea de racionalidad que habíamos postulado más arriba. Tal como Robert Ginsberg lo expresó: "En una u otra manifestación, la causa básica de la guerra es la irracionalidad del hombre. Armado con la razón, éste debería ser capaz de dominarse a sí mismo". También debería ser capaz de dominar las enseñanzas de Clausewitz.

Guerra y Política

Como el lector sin duda ya ha supuesto, el objeto de este trabajo es discutir la famosa máxima de que la guerra no es otra cosa que la continuación de la política por otros medios. Sin duda la idea tiene gran atractivo, pues parece darle cierta inocencia, y revestirla con apariencia de aceptabilidad. Después de todo, debemos tener una política; mientras las naciones existan actuarán recíprocamente entre sí. Si la guerra no es más que una continuación de esa acción recíproca, se convierte en una cosa natural y en un curso ineludible de la actividad nacional. Ya no se trata de guerra y paz, sino de guerra y política.

Hay gran reticencia a considerar a la guerra por sí misma. Incluso Clausewitz, aun reconociendo que la contienda tiene su propia gramática, no admitiría que desarrolle su propia lógica. No obstante un detallado examen de casi todas ellas —la guerra de 1870, por ejemplo— revela un claro diseño. A medida que ella progresa, inevitablemente desarrolla su propia solución teórica, su propia lógica, sus propios objetivos, su propia existencia.

Aunque esto es precisamente lo que advirtió y arguyó Clausewitz cuando dijo que las metas políticas de la guerra siempre debían tener precedencia sobre las metas militares, con sólo decirlo no se logra. Recuerdo una larga línea de filósofos y profesores escolásticos, quienes,

cuando todo otro argumento fallaba, solían golpear el escritorio (o las teclas de la máquina de escribir) y apelar al argumento final: "¡Ex periculo scepticismi!" A menos que uno acepte esto, nada queda fuera del escepticismo filosófico. Clausewitz se acerca mucho a este tipo de razonamiento cuando dice que "en toda circunstancia la guerra debe considerarse no como algo independiente, sino como un instrumento político; y que solamente adoptando este punto de vista podemos evitar encontrarnos nosotros mismos en oposición a toda historia militar. "¡Ex periculo negandi historiae!" A menos que uno acepte esto, uno está negando la historia militar.

A pesar de defender de los labios para afuera la primacía de las metas políticas sobre las militares, Clausewitz insiste con bastante firmeza que el general debía ser independiente de las decisiones políticas y que, de hecho, debería estar en condiciones de influir sobre ellas:

El objetivo político es... no legislador despótico. Debe adaptarse a la naturaleza de los medios y por consiguiente muchas veces puede ser cambiado totalmente... La estrategia en general y el comandante en jefe en particular pueden exigir que las tendencias y objetivos políticos no choquen con la naturaleza peculiar de los medios militares, y esta exigencia de ninguna manera carece de importancia...

En un esfuerzo por explicar esta posición dura de Clausewitz, Rothfels opina que el teórico militar "puede haber estado pensando en los caprichos políticos de cortesanos o grupos deliberantes que tan a menudo interfirieron en el siglo XVIII las operaciones militares. Interpretar lo que Clausewitz puede haber estado pensando constituye uno de los pasatiempos favoritos de sus apologistas, pero no es muy compensatorio. El intento de Rothfels de justificar a su héroe lo obliga a llegar a la conclusión de que "incluso las democracias se han enfrentado y se enfrentarán con situaciones en las cuales las exigencias militares están destinadas a predominar sobre las consideraciones políticas".

Sin embargo, para hacerle justicia a Clausewitz, cabe señalar que la tendencia preponderante de su pensamiento se inclina más hacia el establecimiento de la

supremacía de los objetivos políticos sobre los objetivos militares. No obstante, se mantienen las contradicciones inherentes de sus escritos. Por mucho que trate de hacerla respetable, considerándola como una extensión de la política, las realidades de la guerra con sus pasiones en ebullición, devastación y "exigencias militares", negaron sus teorías. El concepto de la guerra como una situación donde los motivos políticos son mantenidos siempre claramente en perspectiva, donde los militares están totalmente penetrados de los factores políticos y lo mantienen en el más alto lugar en su planificación militar, es el sueño más ingenuo que es dable imaginarse ¿Necesitábamos a Mac Arthur, My Lai o el general Lavelle para probarlo? Las enseñanzas de Clausewitz se refieren a cómo debería ser la guerra —siempre que debiera ser— pero no por cierto a como es realmente. Si los pacifistas parecen ingenuos en muchos de sus puntos de vista, Clausewitz no lo es menos.

Decir que la guerra es la continuación de la política por otros medios es como decir que un duelo es la continuación de un debate por otros medios. La analogía es apropiada, porque el mismo Clausewitz compara la guerra a un duelo en gran escala. Notablemente semejante es también el punto de vista sostenido hace un par de siglos de que el duelo era una tendencia natural del hombre. Era la solución final al conflicto entre dos personas, una especie de "última ratio personarum" y se cree que ha existido desde los primeros días de la humanidad. La profesión de duelista fue la segunda más antigua del mundo. Aunque pareciera bárbaro y los hombres razonables lo condenaran enérgicamente, todo el mundo pensaba que era prácticamente inevitable recurrir al duelo en la solución de un conflicto o en defensa del honor.

Si repasamos la analogía y substituímos "guerra" por "duelo" llegamos a una notable similitud con el punto de vista que la mayoría de la gente tiene hoy día sobre ella. La única diferencia es que en la actualidad el duelo está condenado en toda la sociedad civilizada y su práctica ha desaparecido. Según parece, finalmente se dieron cuenta que había una irracionalidad fundamental en el acto

mismo y que ciertamente no tenía relación con el problema en cuestión. El ganador de un duelo sobre un problema de honor no salía más honorable que el perdedor, muchas veces menos, de hecho. Por lo tanto, un duelo ya no es la continuación o solución de un debate, como una guerra tampoco es una continuación o solución de diferencias de política.

Hoy resulta difícil considerar la guerra como algo en sí mismo distinguible de la política. Clausewitz argumentó que no se debía ni se podía hacer una distinción entre ambas, y esto lo llevó a ciertas declaraciones absurdas, tales como la pretensión de que la guerra no es sino la expresión de la política, pero de una "política que libra batallas en lugar de escribir notas". Si uno pudiera concebir que Clausewitz tenía sentido del humor, éste sería el mejor de sus chistes, pero es tan evidente su falta de humor que sólo se puede llegar a la conclusión de que lo decía en serio. Si no se encuentra una diferencia esencial entre librar batallas y escribir notas, entonces toda distinción entre guerra y paz, amigos y enemigos o debates y duelos, queda borrada.

Aquellos que no hacen distinción entre escribir una nota o dispararle una bala a alguien, probablemente aducen que es una cuestión de matices, ya que ambos son fundamentalmente tipos de contacto humano. Podrían agregar que la diferencia es solamente una cuestión de criterio moral. Y tal como Anatol Rapoport dice tan lúcidamente: "El pensador estratégico no puede ser alcanzado por argumentos morales. Sin embargo, el pensador estratégico sincero y competente puede ser alcanzado con argumentos racionales porque está implicado en lo que él cree que son procedimientos racionales".

La Guerra como Colapso de la Política

El adagio de Clausewitz "la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios" se basa en su postulado de que el intercambio político continúa entre las naciones en guerra y no se ha convertido en algo totalmente diferente. Esto parece difícil de aceptar cuando uno considera el odio, la violencia y el caos que inevitablemente acompañan a cualquier guerra. Es cierto que durante las

hostilidades pueden mantenerse algunos contactos políticos, pero generalmente se reducen a que una parte exige la rendición condicional o incondicional de la otra. La calidad del debate ha sufrido un cambio substancial. De hecho, parecería mucho más justificable argumentar que la guerra casi siempre significa un completo colapso de la política.

Para un Estado que intenta cambiar las relaciones de poder existentes, la guerra sin duda puede ser una continuación de su política, pues ésta muchas veces consistirá en apoderarse de parte de una nación, subyugar a otra, o exterminar a una tercera. Pero para países ideológicamente empeñados en mantener relaciones exteriores pacíficas ¿cómo puede considerarse la guerra como una continuación de su política? Una nación pacífica no tiene una política de guerra que continuar. Esta necesariamente significará un completo cambio de política, el desarrollo de una totalmente nueva; en otras palabras, en guerra no ocurre exactamente lo que Clausewitz dice.

En su libro "Estrategia Militar": Una teoría general de control del poder, el almirante J.C. Wylie expresa lo mismo, con mucho más elocuencia. Por su calidad como jefe militar y estratega, sus palabras merecen ser citadas aquí.

"¿Es realmente una buena idea, esta noción de que la política continúa después del estallido de la guerra? De hecho, ¿es la guerra una continuación de la política?"

En cuanto a nosotros, pienso que no. Para una nación no agresora, es en realidad un colapso casi completo de su política. Una vez que se produce, entonces casi toda la política anterior a ella pierde totalmente su validez, porque el marco en el cual debía funcionar ya no corresponde a la realidad. Inmediatamente nos trasladamos a un mundo radicalmente diferente. Incluso mirando más allá, un mundo después de una guerra tiene muy poca semejanza a cualquier situación anterior a ella; y mientras más prolongada sea, mayor validez tiene esta afirmación. Con toda seguridad podría sostener que ningún participante en la Segunda Guerra Mundial, ni siquiera Rusia, tenía una idea clara antes que ésta empezara cómo se vería el mundo realmente después que hubiera terminado...

Podría generalizar tal vez diciendo que para un agresor, aquel que la inicia deliberadamente, puede que haya un considerable elemento de continuidad entre la política anterior y la política de guerra. Para el conservador, el que es atacado, su estallido, en la mayoría de los casos, es un funesto colapso de la política".

En un reciente discurso en la Academia de Guerra Naval, el profesor Russell Weigley de la Universidad de Temple, se hizo eco de estos sentimientos, señalando que aunque las enseñanzas de Clausewitz están aparejadas a la esperanza de mantener las guerras bajo control, en realidad éstas desarrollan un ímpetu propio, con el resultado de que destruyen la política, la rehacen, crean una nueva política.

El profesor Carl J. Friedrich de Harvard apoya la opinión de que es esencialmente el colapso de la política cuando declara:

"La famosa proposición de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por medios diferentes, es falsa o por lo menos fácilmente puede ser mal interpretada. En un sentido muy real, la guerra no es la continuación de la política sino que es más bien su abandono en favor de la violencia... Cuando los hombres desesperan de encontrar soluciones políticas es cuando toman las armas".

Indudablemente esta es la noción más tradicional del papel del político y del diplomático en comparación con el del guerrero o profesional de las armas, una noción reflejada en la conocida historia del embajador alemán en Moscú, quien, cuando entregaba a los rusos la nota en que se declaraba la guerra de 1914, estalló en lágrimas. No lloraba porque la política alemana iba a ser continuada por otros medios, sino porque la política y la diplomacia habían fracasado.

En conclusión, por lo tanto, todos nosotros debemos prestar atención a la advertencia del almirante Wylie cuando se considera la guerra como política: "sería prudente aplicar un examen mucho más crítico que lo acostumbrado. La ciega aceptación puede llevarnos a ciertos extraños y oscuros callejones si no tenemos cuidado".

La Guerra como un Instrumento

Otro de los conceptos de Clausewitz que parece difícil de aceptar al pie de la letra es la noción de que la guerra es un instrumento efectivo de la política. La distinción entre que sea una continuación de la política o un instrumento de ésta es muy sutil y realmente no muy importante. Se usa aquí solamente para permitir una perspectiva levemente diferente en nuestra evaluación. Considerada como una continuación de la política se convierte en parte de ella; considerada como un instrumento, es uno de los métodos o herramientas que el gobernante tiene a su disposición, distintos, pero obviamente relacionados con la política.

El peligro de considerar la guerra como un instrumento de la política es que el estadista llegará a estimarla como un recurso fácilmente disponible para sus fines políticos, sentirá la tentación de hacer uso de ella por cualquier motivo y no reflexionará bastante en el hecho de que en lugar de servir para lograr una política bien puede ser la causa de su destrucción.

En su introducción a la recopilación de ensayos filosóficos titulada "Crítica de Guerra", Robert Ginsberg pregunta: "¿Ha logrado alguna guerra promover los fines que sus defensores intelectuales proclamaban estar persiguiendo? Todo lo que el éxito parece significar en la guerra es que el enemigo ha sido detenido, no que se hayan preservado algunos ideales".

Todo pensador político o militar serio debería plantearse esta cuestión y su respuesta debería ser motivo de profunda reflexión. Una de las grandes omisiones de Clausewitz es no haberse hecho jamás dicha pregunta. Por lo tanto su trabajo "Sobre la Guerra" sigue siendo en gran parte una teoría no demostrada. Tal como observa Leonard en la introducción a su obra, el teórico prusiano desconfiaba de la historia y de los historiadores en la suposición de que sólo la usaban para prestar un apoyo a sus teorías personales, pero los procedimientos de Clausewitz tampoco son mejores; ignora gran parte de la historia para evitar encontrarse con una contradicción positiva de sus teorías. Hay una idea, en especial, la

cual parece haber olvidado al redactar su teoría de guerra como un instrumento efectivo de política, que está mejor expresada en un antiguo proverbio: "Aquel que es convencido contra su voluntad siempre sigue teniendo la misma opinión". Por lo tanto la imposición de la voluntad de una nación sobre otra por medio de la guerra no significa que se haya logrado el objetivo político, sino simplemente que un país ha demostrado ser militarmente superior a otro. A la larga, esto engendra resentimiento, amargura y odio; lejos de permitir el cumplimiento de metas políticas, simplemente puede llevar a otra guerra.

Robert Osgood expresó la idea con más amplitud cuando escribió:

"La guerra no es un instrumento delicado para lograr fines políticos... Su violencia y destrucción ponen en funcionamiento una cadena de consecuencias que no pueden ser perfectamente controladas ni perfectamente previstas y que por ende pueden vulnerar los mejores planes para lograr configuraciones específicas de poder y determinadas relaciones políticas entre naciones".

Anatol Rapoport lo estableció en una forma más cruda cuando comentó que la guerra es más bien el cuchillo del carnicero y no el escalpelo del cirujano. El hecho es que la política, junto con la diplomacia que la sirve, es esencialmente el arte de la persuasión y la transacción, mientras que la guerra es la antítesis de ambas. Este es un factor que no debe perderse de vista al examinar la naturaleza de los instrumentos y al escudriñar la historia para demostrar si la guerra ha resultado ser un instrumento efectivo.

Este, para ser efectivo, debe estar diseñado y construido como para lograr un propósito establecido. Para ser un instrumento efectivo de política, la guerra tendría que ser planeada como para lograr los designios de ésta. Si uno revisa cuidadosamente la historia puede encontrar unos pocos, muy pocos, casos en que la guerra parece ser un instrumento efectivo para hacer realidad una política, pero en cada uno de ellos se podía argumentar en forma totalmente válida que se lograron las finalidades políticas a pesar de la guerra y no a causa de ella. Por el solo hecho de haberse logrado un obje-

tivo político después de una guerra no es forzoso concluir que la guerra fue un instrumento apropiado para lograr dicha política. Simplemente, no hay relación entre el instrumento y el objetivo para el cual lo están usando.

Desde el momento que la guerra significa hacer uso de la fuerza y la violencia, no es un instrumento adecuado para la política, que es el arte de la persuasión y la transacción.

Los americanos generalmente son pragmáticos y empíricos en su forma de solucionar los problemas. Para ellos, los argumentos más persuasivos se encuentran, no en el dominio del razonamiento ontológico o epistemológico, sino en la muy práctica esfera de los resultados obtenidos. Aplicando esta vara de medir a las enseñanzas de Clausewitz el problema se reduce a la siguiente pregunta: ¿Ha quedado demostrado que la guerra sea un instrumento efectivo de la política? Para responderla con cierta validez sería necesario revisar la historia de muchas guerras y examinar las políticas de los beligerantes antes, durante e inmediatamente después del conflicto, como también después de un lapso de varios años. Aunque una tarea como ésta indudablemente está más allá del alcance de este artículo, un breve vistazo a las guerras tendería a confirmar que las únicas que parecen tener sentido político fueron precisamente aquellas de intrincada maniobra geométrica del siglo XVII que Clausewitz tan desdeñosamente condena. Por el hecho de que éstas se libraron sin recurrir a las matanzas en masa, sin la destrucción total de la población o de las bases económicas, ellas sí que parecen mejor destinadas a ser empleadas como un instrumento de la política. Sin embargo se mantiene la molesta duda sobre la pertinencia de las maniobras militares para el objetivo que se deseaba alcanzar.

En su mayor parte, no obstante, rara vez o casi nunca la guerra es un instrumento efectivo de la política. La razón es que casi nunca se produce por asuntos únicamente políticos. Como pocos hombres están dispuestos a arriesgar sus vidas por unos cuantos miles de acres de tierra se apela a valores más altos, a ideales más grandes como motivación bélica. La lógica de la guerra insiste en que el

enemigo es siempre perverso y nuestro lado es siempre bueno. Exige que el enemigo sea destruido y que nosotros conquistemos no un objetivo político sino la victoria. La guerra da origen a toda una nueva casta, las fuerzas armadas, con su propia escala de valores, su propio sistema de avance, sus propias ideas de gloria. Siempre las guerras se libran por la libertad, la democracia y la justicia, rara vez por un problema político claramente definido. No es raro entonces que hayan resultado tan poco efectivas como instrumento de la política.

La Guerra Franco-Prusiana: Estudio de un caso.

En cualquier debate sobre las relaciones entre guerra y política, se destaca en forma prominente el nombre de Otto von Bismarck. Una de las grandes ironías de la historia es que Bismarck, considerado en general como la personificación de las enseñanzas de Clausewitz, confiesa que nunca lo leyó. Sin embargo, persiste la impresión de que él, más que ningún otro, usó la guerra efectivamente para alcanzar sus fines políticos, pasando por alto que dichos fines pudieran haberse logrado sin una guerra. Lo cual fácilmente podría demostrarse. De hecho, no se requiere un gran esfuerzo mental para ver en las causas subyacentes de la primera guerra mundial y de su segunda secuela mucho de la obra del "Canciller de Hierro".

Las guerras de Bismarck no fueron lo que muchos libros de historia relatan. La de 1870, particularmente, fue muy amarga y sangrienta. Tal como R. H. Lord hace presente en su libro "Los Orígenes de la Guerra de 1870":

"Entre todas las guerras que tuvieron lugar en Europa desde la caída de Napoleón I hasta el conflicto mundial de nuestros días, la guerra franco-alemana de 1870 fue la más dura, la más sanguinaria... y la más funesta por sus consecuencias para la paz del mundo".

En un sentido muy real, la guerra de 1870 quedó fuera de control. Los objetivos políticos fueron olvidados o ignorados, los militares desarrollaron sus propias metas esenciales, y la guerra engendró su propia dinámica y su propia lógi-

ca. En 1870, Bismarck debería haber sido capaz de prever que los militares, bajo las órdenes de Moltke, no se someterían fácilmente a convertirse en un instrumento únicamente político. Todavía estaba fresca en su mente la fiera lucha que había tenido con los militares en 1864 cuando trataba de persuadirlos que sus objetivos políticos de llegar a un acuerdo con Austria y de evitar la intervención extranjera eran más importantes que la conveniencia militar. Este mismo resentimiento de parte de los militares volvió a manifestarse en abierta hostilidad en 1866, y solamente la amenaza de Bismarck de renunciar los obligó a someterse. En 1870, debía haberse dado cuenta que con el enardecimiento del odio nacional y los incentivos ideológicos, la guerra generaría su propio ser y viciaría sus fines políticos a largo plazo aun cuando, por casualidad, se alcanzaran los fines inmediatos.

Pfianze comenta que "el conflicto entre Moltke y Bismarck es un clásico ejemplo de las difíciles relaciones entre la conducción política y militar en tiempo de guerra. Es también un ejemplo clásico de la ingenuidad de la doctrina de Clausewitz, en la cual la guerra aparecía sirviendo a la política, desprovista de su propia lógica.

Las contradicciones en las acciones de Bismarck no se debieron enteramente a la culpa de Moltke o de los militares. El mismo se dio cuenta que los hombres no derraman voluntariamente su sangre por objetivos políticos limitados. Tuvo que elevar la guerra a nivel de cruzada nacional y atrapados en su vórtice, los objetivos políticos se convirtieron en religión, crueldad, racismo:

"Una providencia divina ha ordenado a esta nación alemana hacer algo bueno y grande... Francia es una nación de cifras; un mero rebaño... Mataremos a todos los habitantes masculinos... Simplemente es una desventaja ahora para nosotros hacer prisioneros... No debería existir el problema de tomar prisioneros a estos negros... Si las cosas se hicieran a mi manera, todo soldado que tomara a un negro prisionero debería ser puesto bajo arresto. Son bestias de presa y deben ser muertos... La guerra es la guerra".

Todas estas palabras son de Bismarck. ¿Es este el lenguaje de la política? ¿O de la razón?

Lejos de ser el político frío y calculador retratado en la mayoría de los libros de historia, Bismarck puede ser considerado, tal vez en forma más realista, como un hombre que nunca había leído a Clausewitz, el cual ignoraba la naturaleza de la guerra y que, habiendo desatado su furia, pasó grandes apuros para encontrar un medio de controlarla. En sus intentos de usar la guerra como un instrumento de la política, se parece más al cazador de ganancias rápidas que lleva a su compañía a la bancarrota. Hoy la visión de una Alemania dividida sirve de obsesionante epitafio a sus sueños de guerra como un medio para lograr la unificación de Alemania.

Dado que la política exterior, tal como la guerra, es una materia compleja, es difícil aislar sólo un objetivo político, pero indudablemente el principal problema entre Alemania y Francia en 1870 fue el de la unificación alemana bajo la hegemonía de Prusia, objetivo deseado por Bismarck y rechazado por Francia. Otros puntos de discrepancia tales como la candidatura Hohenzollern y el infame telegrama de Ems fueron simples cortinas de humo tras las cuales se encontraba el problema central de la unificación de Alemania. Poco era lo que Francia podía hacer para impedir la unificación. La integración de los militares alemanes bajo el mando prusiano ya era un hecho. El Nationalverein era otro factor que indicaba una eventual unificación. Naturalmente, para Francia, la guerra no era la solución. No era el instrumento para cumplir con los objetivos de la política francesa. De hecho, no se requería una gran clarividencia para ver que la guerra tendría justamente el efecto contrario, fortalecería la unificación alemana. "El odio a un enemigo extranjero, más que la espontánea devoción a Alemania había resultado ser la fuerza más capaz de derrotar el sentimiento de separatismo". Estas palabras son de Bismarck. ¡Ojalá las hubiera dicho Napoleón!

Hay testimonio de que la mayoría de los pensadores más racionales de Francia se dieron cuenta que la guerra no era la respuesta para las esperanzas políticas francesas. Tal como expresa Lord:

"Es cierto, por otra parte, que en 1870, esta oposición (a la unificación alemana) aparentemente estaba debilitándose; el gabinete francés entonces en el poder, parece haberse comprometido a no intervenir en caso que los alemanes del sur intentaran voluntariamente la unión con el norte; y si hubiera sido posible preservar la paz por unos pocos años más, el pueblo francés probablemente se habría decidido a aceptar lo inevitable".

¡Qué diferente habría sido la historia si hubiera prevalecido este razonamiento! en ambas partes.

Indudablemente, para los franceses la guerra era una catastrófica reversión de la política. La aplastante derrota de Sedán, en la cual Napoleón III fue tomado prisionero, dio por resultado el colapso de su gobierno y el desmoronamiento de su política. Ni siquiera Bismarck podría haber deseado esto, porque no quedaba nadie con quien negociar un rápido tratado de paz.

Los franceses deberían haber aprendido esta lección, pero no lo hicieron. Ya no tenía importancia el problema de la unificación de Alemania. Incluso después que se realizara y el Kaiser fuera proclamado emperador en Versalles, la guerra continuó, no por la prosecución de alguna política sino en una atolondrada caza de ese efímero ser: el Honor de Francia.

La patética figura de Gambetta escapando de París por medio de un globo para reunir un ejército nacional sin saber, como señala Foch, librar una guerra nacional, es un trágico ejemplo de la irracionalidad de la guerra y de su futilidad como un instrumento político. Sus esfuerzos para salvar el honor de Francia darían por resultado la humillante cesión de Alsacia y Lorena. Olvidando o ignorando la política, las metas reales logradas por la guerra fueron la glorificación del poderío militar alemán y la sublimación del revanchismo francés. Las dos naciones iban a vivir en discordia una vez más y nuevamente esta discordia sería clasificada como "continuación de la política". Esta vez los papeles se invertirían e incluirían muchas otras naciones que fueron a la guerra para continuar políticas que nunca existieron o, si es que existían, serían arrumbadas en aras de la conveniencia militar.

Considerando la catástrofe que ocurrió en Francia, cuando los parisienses se vieron reducidos a comer ratas y la orgía de odio se difundió por la nación, es difícil convenir con el difunto general J.F. C. Fuller en que la guerra de 1870 fue "un conflicto únicamente político y de ninguna manera afectado por economía o ideología, que siempre despiertan la bestia en el hombre". Más convincente es la opinión de Pflanze, según el cual la guerra "continuó mucho más allá de las expectativas de Bismarck y de los generales prusianos. . . Una guerra de destrucción de ejércitos se convirtió en un conflicto de agotamiento y desmembración de una nación". Evidentemente no fue un instrumento efectivo de la política de Francia.

Es posible razonar que para la nación derrotada la guerra naturalmente implicará un colapso de su política, pero para el vencedor, significará la conquista de sus objetivos políticos. Para Alemania, entonces, la guerra de 1870 realizó la meta política de la unificación.

Ante un argumento como éste cabe preguntar si la guerra era del todo esencial o causal para lograr la unificación. Ya se han citado evidencias de que la oposición francesa estaba debilitándose. Si la unificación se hubiera realizado pacíficamente, habría demorado un poco más, pero probablemente habría sido mucho más permanente.

Aún aceptando la dudosa premisa del argumento precedente, sin embargo, un estudio de la guerra no demuestra una progresión lógica de causa a efecto. Para que la guerra sea considerada un elemento efectivo de la política, debería haber cierta continuidad de objetivos antes, durante y después de ella. La política alemana en 1870-1871 no muestra tal continuidad. Lo que se inició como una lucha para permitir la unificación, pronto se convirtió en la guerra de exterminio de Moltke. "La paz es inadmisibles", dijo él, "hasta que el enemigo esté completamente aplastado". La aniquilación de Francia, que jamás fue una meta política, se convirtió en una "necesidad militar". En todas partes los objetivos de la política dieron paso a la "conveniencia militar" y esto quedó demostrado en las condiciones de paz que "exigían" la anexión

de Alsacia y Lorena. Como señala Pflanze, esto fue lo que más dificultades provocó prolongando realmente el conflicto. Tan poderosos fueron estos egoístas objetivos militares generados por la guerra que hasta el propio Bismarck se vio obligado a capitular ante ellos. Sus resultados a largo plazo están muy bien documentados para permitir alguna otra conclusión fuera de que la guerra, tanto para los vencedores alemanes, como para los perdedores franceses, no fue un instrumento efectivo de política.

El epílogo más adecuado de las esperanzas de Alemania al seguir una política por medio de la guerra puede encontrarse en el libro de Howard. Después de 456 páginas de análisis documentado y objetivo, se ve obligado, en la última frase, a llegar a la siguiente conclusión: "La magnífica y bien merecida victoria de Alemania fue, en un sentido profundo e imprevisible, un desastre: para ella misma y para el mundo entero".

Conclusiones

Al enfocar un aspecto específico de la enseñanza de Clausewitz, como en este artículo, se corre el grave riesgo de exagerar el caso. Si hay una exageración, hasta cierto punto se debe a la destacada ponderación de estas materias en la mayor parte del pensamiento, documentos y enseñanzas estratégicas actuales. Son relativamente escasas las voces que se alzan para cuestionar a Clausewitz y menos las que discrepan con él. Para gran cantidad de estrategias militares el resultado puede ser un peligroso desconocimiento de la extensa evolución del pensamiento sobre la guerra y la paz que está ocurriendo en la sociedad americana de hoy. Ahora más que nunca, se está poniendo en duda y rechazando la moralidad, racionalidad y utilidad de la guerra y de los militares que se dedican a ella. Sea que uno esté de acuerdo o no con el alboroto y la retórica que esto ha provocado, es evidente que los estrategas militares no podrán simplemente limitarse a citar a Clausewitz para poder defender sus puntos de vista en forma auténtica y aceptable.

La finalidad de este artículo no ha sido entrar en una contienda mental con

él, sino más bien, estimular al lector para que examine con mayor espíritu crítico hasta las máximas más aceptadas de este "filósofo de la guerra". Muchos otros de sus principios, más contradictorios y anticuados, podrían haber sido criticados con mayor facilidad que aquellos escogidos en este artículo. Pero el trabajo no habría valido la pena. Todos están de acuerdo en que gran parte de su obra es anticuada y extemporánea. Pero al mismo tiempo, mucho de lo que escribió todavía es muy significativo. Clausewitz fue uno de los estrategas que mejor comprendieron la importancia de los factores psicológicos en la guerra. Si hubiera vivido para completar su obra, sin duda habría dado más relieve aún al aspecto del elemento humano en ella. Por lo tanto, seguir estudiándolo puede ser muy importante para la situación mundial actual, especialmente si uno busca, en lugar de contentarse con aceptar.

Este trabajo no pretende demostrar si él está equivocado o tiene la razón. Los razonamientos aquí expresados no son invulnerables y los puntos de vista manifestados no lo abarcan todo. En conclu-

sión, solamente puede decirse que hay probabilidades de que Clausewitz esté anticuado, que pueda haber estado seriamente limitado como filósofo, que la guerra no sea una continuación ni una herramienta efectiva de la política y que el conflicto de 1870 impugne estas teorías suyas.

El problema con él es el mismo que los estudiosos de Clausewitz han tenido siempre. Su trabajo está viciado por un grave punto ciego. Esto ha sido mejor expresado por el general Fuller, ardiente admirador suyo:

"Pero de todos los errores de Clausewitz, el peor fue que nunca comprendió que el verdadero objetivo de la guerra es la paz y no la victoria; por lo tanto, la paz debería ser la idea dominante de la política, y la victoria solamente un medio de lograrla. En ninguna parte considera él la influencia de la violencia sobre la paz eventual; en realidad la palabra paz apenas aparece una media docena de veces en "Sobre la Guerra".

(De "Naval War College Review").

